

LA AVISPA

DIRECTOR: FERNANDO MATEOS AGUIRRE

REDACTOR-SECRETARIO: ALEJANDRO PIZARROSO

5 Esta Redacción es defensora ardiente de la juventud literaria española é hispano-americana, y admite para su publicación cuantos trabajos cortos y aceptables, en prosa ó en verso, procedentes de la *gente moza*, se le envíen á tal fin. (No se devuelven los originales.)
 El que lo desee tiene derecho á reproducir los trabajos que publicamos, aun sin citar la procedencia, pero agradeceríamos que se citase. 23

CÉNTIMOS. — LA CORRESPONDENCIA AL GERENTE DON MARCIAL L. GUERRA, MADRID. BUZON CÉNTRICO, ALCALA.

REGALO DE 50.000 PESETAS

que hace LA AVISPA al afortunado de sus lectores que sea designado por la Lotería Nacional. (Véase la página 3.)



Portfolio de LA AVISPA.—Serie A.—El sueño de una modista.—Núm. 8. ...Y cubriendo sus morbideces nacaradas con precioso *sant de lit*, se dispuso á gozar de la realidad apetecida en lindo gabinete lujosamente amueblado y alumbrado por tenue luz...

(Fotografías de Huguens y Acosta, fotografado de Rocafull, impresión de Hijos de M. G. Hernández y papel de Menéndez y Cañedo.)

LAS HIJAS DE LA LUNA

POR PAUL FEVAL

41

(Continuación.)

la policía correccional y dos por los tribunales. Sentenciado por robo á cinco años de reclusión, se evadió de la cárcel al cabo de un mes, sin que haya vuelto á ser preso.

—Segundo documento. «Extracto de las notas de la prefectura de policía. Señas: Blas Jolín, llamado el Zalamero; requerido por la justicia; sentenciado por contumacia á diez años de trabajos forzados, á la marca y á la exposición pública...»

El antiguo bandido dobló cuidadosamente los papeles, guardándolos en el bolsillo.

Roberto y Blas parecían aterrados.

—Diez años y la marca... creo que has hecho muy bien en escaparte, Zalamero; pero si nosotros estamos perdidos, ¿crees digresiones, como decía el gordiflón del abogado que me mandó á Brest... Réstanos ahora por saber si tenéis ganas de volver ambos á vuestra antigua reclusión.

Los dos amigos guardaron silencio; el golpe era tan rudo como inesperado.

—Todo eso es muy bueno—dijo al fin Roberto—y adivino la parte que tienes en ese negocio, mi antiguo camarada; pero si nosotros estamos perdidos, ¿crees Pontalés hallarse resguardado?... Lo que pasó la noche de San Luis...

—No hay testigos—interrumpió Bibandier.

—Había uno cuando menos.

—Sí; pero el único que lo conoce soy yo y el señor marqués me paga.

Roberto hizo un gesto de impotente rabia.

—Blas—dijo, volviéndose hacia su compañero, démonos la mano y obraremos juntos contra el marqués, el cual, para apoyar sus amenazas, hubiera debido ponerlos delante algunos gendarmes.

—¡Ocho hay en el zaguán!—respondió Bibandier, riendo.—El Zalamero ha sido quien los ha hecho venir.

Roberto volvióse bruscamente hacia Blas, quien murmuró golpeándose la frente:

—Era para el caso de que los aldeanos se hubiesen sublevado por Penhoel.

Roberto nada respondió: estaba vencido.

A favor del silencio que reinó, pudo oírse la tos seca de Macrocéfalo, que esperaba detrás de la puerta.

—Paciencia—le gritó Bibandier;—todo está terminado.

Sacó de su bolsillo una cartera y contó doce billetes de á mil francos.

—Queridos míos—prosiguió,—es tal la confianza que me inspiráis, que ni aun quiero exigirlos recibo. Únicamente os advierto que, si al despuntar el día os encontráis aún en estas cercanías, os puede suceder alguna desgracia... En la orilla opuesta del río hallaréis dos caballos que os he hecho preparar.

—¡Partamos!—dijo Roberto, tomando los billetes que le tocaban.

Blas estrujó los suyos con desesperación, y ambos salieron, acompañados hasta la puerta por Bibandier, el cual se desahacía en protestas de amistad.

Algunos momentos después un criado entró la cena pedida por Penhoel, y Bibandier y Macrocéfalo se sentaron á la mesa, frotándose las manos con placer.

—Preciso es que esto sea comido por alguien—dijo Mr. Lehvain.

—A vuestra salud—respondió Bibandier, llenando dos vasos.—Esta noche somos los dueños del castillo.

Cada uno levantó su vaso; pero en lugar de beber pusieronse repentinamente de pie con respeto.

El marqués de Pontalés, que acababa de entrar sin hacer ruido, se había sentado á la mesa y, atrayendo hacia sí un pollo, se servía un alón.

Lehvain y Bibandier esperaban la invitación del marqués para sentarse.

Pontalés comió el alón, bebió un vaso de vino y dijo, dirigiendo á sus dos compañeros un signo protector:

—Estoy satisfecho de vosotros, hijos míos. Id á comer al zaguán.

Segunda parte.

EL PATIO DE LAS MENSAJERÍAS

Eran cerca de las ocho de la mañana. En medio del patio del edificio de las mensajerías, en Rennes, se estacionaba un carruaje amarillo, estrecho por la base y ancho por arriba, cuya construcción parecía calculada para las mayores desgracias.

En torno de ese carruaje, que iba á salir para París, y al que estaban ya enganchados tres escuálidos caballos, armaban gran algarabía los viajeros despidiéndose de sus acompañantes, los mozos y los mendigos.

El interior, la rotonda y el imperial ocupáronse prontamente, no quedando más que el departamento aristocrático del carruaje, llamado berlina, el cual estaba tomado por un caballero inglés, recién llegado de Brest que, según decían los ociosos, habíase apeado la víspera de una silla de posta, en la fonda de Francia, cuyas puertas daban al patio de las mensajerías, juntamente con una dama y dos negros.

La hora de partir había llegado; todas las miradas se fijaban en la puerta de la fonda por donde debía aparecer el inglés, cuya tardanza promovía murmuraciones.

De pronto la puerta se abrió, apareciendo en ella los dos negros del inglés vestidos con rica librea y turbantes blancos, quienes, sin cuidarse de la curiosidad que inspiraban, atravesaron el patio, dejando en la berlina una manta de cachemir y un rico cojín de plumas.

Al volverse salió el inglés de la fonda. Era un hombre de aspecto noble y arrogante, con las facciones tostadas por el sol. Vestía un sencillo traje de viaje y, sin hacer caso de las voces de los mendigos que casi le interceptaban el paso, subió á la berlina, cerrando la portezuela.

—¡En marcha!—gritó el conductor.

El postillón chasqueó el látigo, promoviendo una gritería infernal de los mendigos contra la tacañería del inglés por no haberles dado una limosna; pero en el momento de ponerse en movimiento el carruaje, salió por la ventanilla de la berlina una mano blanca y fina y un puñado de luises de oro cayó al suelo.

El asombro fué inmenso ante tanta esplendidez, y los mendigos, hombres, mujeres y niños, trabaron fiera lucha para conseguir mayor parte en tan inesperada lluvia de oro.

Entre tanto la diligencia, apenas movida, volvía á pararse en la misma puerta del patio, á fin de no atropellar á un viajero que, con una maletilla en la mano, pedía un asiento para París.

El conductor se inclinó y dijo:

—Caballero, ya lleno el coche... Pasado mañana sale otro.

El viajero era nuestro conocido Enrique Moreau, el pintor, que llegaba de Redón con su ligero equipaje.

—Sin embargo, es preciso que yo marche hoy—exclamó.

—¡Si no hay sitio!

—No soy exigente... me pondré en cualquiera parte.

—¡Os digo que está lleno el carruaje!... Dirigios ahí enfrente á la competencia: no hay cuidado que os nieguen asiento.

—Pues me lo han negado ya.

—Entonces apartaos si gustáis, y adelante, postillón—gritó el conductor.

El postillón hizo chasquear el látigo, pero Enrique no se movió.

—¡Eh! ¡Conductor!—exclamó.—Desde aquí veo en la berlina dos asientos vacíos.

—Están tomados por milord—contestó el conductor.

—¿Os estáis burlando?... ¿Necesita acaso vuestro milord tres asientos para él solo? El inglés asomó su cabeza por la ventanilla, dirigió una mirada fría é indiferente al joven y se recostó cómodamente en uno de los almohadones de la berlina.

—¡Será preciso que me bajel!—exclamó el conductor, encolerizado.—Puesto que necesitáis un asiento, mi lindo mozo, voy á procuraroslo en la policía si no os quitáis de delante inmediatamente.

—¿Qué sucede?—preguntaron los curiosos.

—Este currutaco que quiere ocupar los asientos de milord.

—¡Los asientos de milord!—gritó indignada la multitud.—Postillón, dale con el látigo para que se aparte.

El inglés asomó de nuevo la cabeza por la ventanilla y dijo con impaciencia y mal humor:

—¿Acabaremos?

Esta palabra fué como una señal; el conductor y el postillón por un lado y la muchedumbre por otro, rodearon al mismo tiempo á Enrique, cuya actitud, á pesar de la desigualdad de la lucha, hizo que sus numerosos adversarios permanecieran por un momento á respetable distancia.

—¡Ah!—exclamó el inglés contemplando aquel espectáculo.

La lucha había empezado. Enrique, reducido al último extremo, se apoyaba en la pared, dando cada puñetazo que hacía rodar á los más fuertes en medio del arroyo.

—¡Ah!—repitió el inglés dando un silbido agudo.

Los dos negros aparecieron como por encanto en las portezuelas.

Milord pronunció algunas palabras: los dos negros se lanzaron en medio de la lucha, separaron con fuerte empuje á los combatientes, y levantando á Enrique por la cintura lo llevaron á su señor.

La multitud aplaudió.

—Dejad á ese caballero—dijo el inglés. Enrique se encontró en el acto en libertad.

—Caballero—continuó el inglés con voz dulce hasta rayar en cortés,—un poco más de prudencia en la guardia y bojearéis como Colburn. ¿Queréis permitirme que os haga una pregunta?

—Hacedla.

—¿Sois bretón?

—No, milord.

—En ese caso me considero feliz ofreciéndos un asiento en esta berlina.

—Y yo lo acepto gustosísimo, milord—exclamó Enrique, recogiendo su maleta é instalándose triunfalmente en la berlina, cuya portezuela había abierto uno de los negros.

Iba á demostrar de nuevo su agradecimiento al inglés, pero llamó al observar que éste no le hacía caso, entretenido en mirar, al otro lado de la calle, los prepa-

(Continuará.)

A NUESTROS SUSCRIPTORES

Y LECTORES

REGALO DE 50.000 PESETAS

NÚMEROS INDICADOS

que toman parte en el sorteo
que se ha de jugar el 31 de
Agosto de 1901.

(Véase el número de LA AVISPA del 30 del
pasado.)

3	2.950	7.528	10.982	13.485
9	2.969	7.533	11.011	13.515
11	3.065	7.557	11.011	13.523
13	3.091	7.595	11.042	13.531
15	3.124	7.633	11.111	13.564
18	3.189	7.648	11.111	13.575
29	3.241	7.757	11.224	13.579
40	3.333	7.868	11.230	13.608
69	3.333	7.964	11.252	13.748
70	3.333	8.000	11.480	13.952
77	3.398	8.000	11.501	14.027
100	3.402	8.033	11.504	14.043
120	3.461	8.040	11.530	14.131
125	3.493	8.128	11.564	14.257
134	3.574	8.199	11.597	14.260
173	3.576	8.310	11.698	14.357
199	3.610	8.327	11.703	14.385
250	3.705	8.360	11.712	14.441
263	3.725	8.417	11.751	14.444
273	3.778	8.435	11.795	14.850
284	3.806	8.436	11.825	14.876
340	4.087	8.441	11.864	14.927
341	4.591	8.456	11.892	14.976
524	4.621	8.492	11.996	15.000
861	4.635	8.530	12.054	15.015
919	4.668	8.593	12.060	15.047
1.111	4.789	8.605	12.110	15.115
1.140	5.000	8.608	12.318	15.150
1.234	5.027	8.645	12.345	15.151
1.236	5.033	8.670	12.345	15.151
1.256	5.128	8.712	12.345	15.320
1.334	5.231	8.874	12.417	15.342
1.459	5.292	8.886	12.424	15.345
1.492	5.442	8.888	12.453	15.360
1.532	5.467	8.914	12.502	15.365
1.571	5.502	8.940	12.515	15.375
1.781	5.555	9.000	12.515	15.397
1.789	5.555	9.160	12.525	15.413
1.789	5.615	9.191	12.537	15.435
1.820	5.725	9.475	12.537	15.456
1.832	5.843	9.531	12.537	15.505
1.844	5.865	9.540	12.558	15.515
1.848	5.947	9.545	12.589	15.524
1.855	5.960	9.627	12.624	15.525
1.856	6.000	9.637	12.627	15.585
1.858	6.120	9.787	12.648	15.600
1.861	6.425	9.842	12.686	15.627
1.877	6.501	9.999	12.723	15.644
1.896	6.541	10.001	12.995	15.711
1.899	6.553	10.060	13.000	15.731
1.901	6.599	10.107	13.000	15.902
1.901	6.611	10.116	13.013	15.914
1.901	6.616	10.117	13.013	15.944
1.920	6.672	10.174	13.057	16.029
2.093	6.701	10.222	13.158	16.167
2.134	6.918	10.390	13.264	16.320
2.202	7.000	10.394	13.296	16.500
2.345	7.007	10.500	13.313	16.535
2.401	7.140	10.550	13.313	16.541
2.501	7.204	10.575	13.333	16.542
2.635	7.348	10.783	13.432	16.614
2.699	7.432	10.940	13.434	16.759
2.919	7.444	10.976	13.467	16.824

17.112	18.752	21.659	23.816	26.657
17.227	18.752	21.707	24.325	26.953
17.247	18.774	21.821	24.371	27.012
17.324	18.845	22.135	24.540	27.180
17.341	18.972	22.146	24.621	27.335
17.403	19.019	22.222	24.625	27.353
17.420	19.025	22.222	24.680	27.460
17.482	19.119	22.222	24.736	27.534
17.493	19.248	22.222	24.788	27.557
17.503	19.377	22.321	24.827	27.652
17.528	19.579	22.347	24.837	27.652
17.563	19.825	22.425	25.000	27.865
17.589	20.149	22.430	25.025	27.974
17.704	20.187	22.500	25.252	28.000
17.839	20.348	22.745	25.300	28.543
17.841	20.645	22.793	25.354	28.601
17.921	20.827	23.023	25.416	28.675
17.931	20.874	23.185	25.493	28.814
17.957	21.000	23.192	25.555	28.912
17.979	21.064	23.248	25.575	29.457
18.231	21.114	23.255	25.620	29.495
18.314	21.287	23.276	25.740	29.515
18.342	21.306	23.408	25.741	29.899
18.410	21.348	23.456	25.832	29.901
18.562	21.451	23.512	25.846	29.999
18.574	21.545	23.535	26.315	30.206
18.593	21.560	23.545	26.475	30.423

Nuestro amigo y compañero D. Alejandro Pizarroso se encuentra enfermo, debiéndose a esta desgraciada circunstancia el no publicar en el presente número *Al vuelo* ni la *Correspondencia literaria*, secciones ambas que están a su cargo. Desearíamos el alivio de nuestro estimado compañero.

Concurso: núm. 2.

TRÁGICA

CUENTO

I

Era Angel Castro uno de los actores que más mimaba el público madrileño. Educado en el teatro desde su niñez, conocía a fondo los secretos del escenario y bien pronto ascendió en su difícil carrera artística, llegando a ocupar uno de los primeros puestos en el arte.

Angel se consideraba feliz casado con la mujer de quien estaba enamorado y que, sumando a su hermosura grandes dotes de artista, unían sus triunfos, partiendo juntos los laureles.

Llamábase Carmen; su rostro, lleno de encantos, presentaba esos rasgos característicos de la esplendidez de la juventud, aquella hermosa y nacarada frente, aquellos grandes y rasgados ojos negros, como noche sin luna, aquella boca tentadora, aquel todo, en fin, bellísimo, arrogante y perfecto que, con su discreción y talento, llevaba al teatro multitud de admiradores deseosos de aplaudir a la actriz consumada y a la mujer hermosa.

II

Hallábase una tarde Angel en su despacho, cuando recibió la visita de un joven que con trémula mano le alargó una carta. Apenas Castro la hubo leído, miró detenidamente al joven y debió parecerle bien su ligero examen, cuando sin preámbulos le dijo:

—Como veo en la carta en que os recomiendo un amigo, sois hijo del infortunado Sánchez, cuya rápida muerte lamento de todo corazón, pues fuimos buenos compañeros.

—Ya tenía noticia por mi querido padre—dijo Arturo, que así se llamaba el joven—de esa amistad que me ha servido de puente para llegar a usted.

—Bien. Y decidme, ¿qué tiempo hace que os dedicáis al teatro?—preguntó Angel.

—Próximamente, cinco años—contestó Arturo.

—¿Y tendréis verdadero amor al arte, verdad?

—Más que amor, pasión; es mi ilusión única, mi completa felicidad.

—Pues bien, pásaos esta noche por el teatro, que allí os haré una pequeña prueba y os contestaré.

Y despidiéndose hasta luego, salió Arturo de casa de Castro.

Dos días después su debut fué anunciado pomposamente en los carteles.

III

Para que Arturo pudiera lucir sus facultades, se anunció el estreno de una obra que, a pesar de tener un argumento sencillo y vulgar, estaba llena de sublimes pensamientos.

Un marido celoso, que sorprende a su esposa oyendo los juramentos de amor que de rodillas dice su apasionado galán, la venganza que toma el esposo ultrajado, clavando su puñal en el pecho del atrevido amante, era lo más culminante del drama; pero de tal modo estaba escrito, que la noche de su estreno fué un señalado triunfo, tanto para su autor como para los actores encargados de interpretarlo.

Arturo triunfó, siendo llamado a escena varias veces, en unión del autor y demás artistas; su cuarto se llenó de admiradores, ansiosos de estrechar su mano. Retirados ya todos los conocidos, Arturo se dejó poner el abrigo para marcharse a su casa, acompañado de varios amigos. Una vez en ella, retiróse a descansar; mas eran tantos los pensamientos que asaltaban su imaginación, que le fué imposible conciliar el sueño.

—Hé aquí—dijo—una noche de gloria para mí, y sin embargo, estoy triste. ¿De qué proviene mi tristeza? Ya lo sé; estoy enamorado, más que enamorado, loco por Carmen; esa mujer ha despertado en mí una pasión vehemente. ¡Es tan hermosa! Y luego aquellas miradas, capaces de trastornar al hombre más santo. Aquel «te amo» del drama, dicho con tanta pasión. ¿Se habrá enamorado de mí esa mujer? Sin embargo, no me atrevo a confesarla mi cariño. ¡Su esposo! ¡Bah! Ayer le quería y hoy le detesto. Le odio porque es un obstáculo para mí. Mi amor hacia Carmen es un imposible. ¡Imposible no, que el amor es ciego y no repara si al final de su camino se llega a la felicidad ó se abre un abismo profundo!

Con estos pensamientos sorprendióle sin dormir el amanecer de un día claro, y el sueño fué poco a poco cerrando sus párpados.

IV

Era la noche del beneficio de Carmen. Se representaba la obra con que debutó Arturo, en la cual se distinguían ambos. El teatro estaba lleno, presentando la sala un aspecto deslumbrador. Los palcos y butacas estaban ocupados por elegantes y bellísimas damas y conocidos caballeros de la aristocrática sociedad. En el salón-cillo se exhibían infinidad de valiosos regalos y el cuarto de Carmen se hallaba lleno de escritores y amigos, muchos de los cuales, notando la presencia de Artu-

ro, al salir les servía de maliciosos comentarios.

Acercóse la hora y todos fueron desalojando el *camerino*. Arturo aprovechó este momento y acercándose á Carmen la dijo:

—¿Por qué no os decidís? Considerad que esta situación no puede ser eterna. Tarde ó temprano puede enterarse vuestro esposo, y entonces os perdería para siempre. Huyamos lejos, muy lejos, donde la naturaleza nos brinde esa soledad encantadora, sin testigos que turben nuestros amores. Por Dios, Carmen, decidíos.

—¡Callad, Arturo. ¿Cómo abandonar á mi esposo, que tanto me quiere? Yo también creí que le quería y veo que me engaño. Sé que mi cariño hacia vos es una gran falta, y sin embargo os amo. Olvidadme, yo os lo suplico.

—Nunca—dijo Arturo en el instante que un avisador le buscaba para salir á escena.

A los pocos momentos la beneficiada se presentaba en el escenario, siendo recibida con un aplauso general.

No bien hubo salido Carmen de su cuarto, cuando por detrás de las cortinas que cubrían el tocador apareció la figura de Castro, que dejó caer en una silla y exclamó:

—No sé cómo he podido resistir tanto en mi escondite sujetando la cólera que me dominaba. ¿Quién podría pensar que aquel joven que se presentaba tembloroso á mí iba á ser el ultrajador de mi honra? Todo lo he oído; mi esposa me es infiel, mis sospechas se han transformado en realidad. ¡Oh! Yo os juro que no realizaré vuestros proyectos. Bien decíais; tarde ó temprano se enterará vuestro esposo. Afortunadamente ha sido temprano. Os juro que me vengaré.

Y loco, frenético, dirigióse al escenario, pues tenía que presentarse en escena.

V

Se acercaba el momento sublime de la obra; la presencia de Castro fué recibida con un murmullo de admiración.

Con los ojos centelleantes, el rostro descompuesto y recitando con enérgica voz los versos del drama, hundió el puñal en el pecho de Arturo, que cayó desplomado en el pavimento.

Carmen desmayada en el sofá, el esposo ultrajado contemplando su víctima; era éste el momento en que el público emocionado atronaba la sala con sus estrepitosos aplausos.

El telón descendió rápidamente y el público poco á poco fué desalojando el teatro.

Momentos después una camilla conducía el cuerpo inerte de un hombre. Dos coches se alejaban: en uno de ellos iba Carmen acompañada de un médico; en el otro, Castro con dos inspectores era conducido al Juzgado.

Al día siguiente los periódicos daban detalles del suceso. Angel, impulsado por sus deseos de venganza, llevó la realidad á escena cambiando el caracterizado puñal de guardarrropía por el de afilada y toledana hoja.

Mariano Oller Alvarez.

EN SECRETO

A D. Manuel Bernal.

¿Por qué está la niña hermosa ojerosa?

¿Por qué sus labios de grana han perdido esta mañana su color?

—Causa tal vez su dolencia larga ausencia,

ó el recuerdo de las flores que el galán de sus amores deshojó...

¿Son acaso sus desvelos por los celos, ó el desdén rudo y malvado maltrató su enamorado corazón?

No, no llora amor mentido, ni es olvido, desdenes, celos ni ausencia lo que á sus labios la esencia hoy robó... Á nadie se lo contó, pues... ya véis... es que sintióse cargante y esta mañana un purgante se tomó.

J. Francisco García.

LAS DOS MUÑECAS

(RECUERDO DE MI LUNA DE MIEL)

I

Lo confieso, tenía celos de ella... No entraba yo una sola vez al cuarto de Enriqueta que no encontrara á ésta charlando por los codos con su *Lulú*, á quien tenía reclinada en su regazo, como una madre al hijo de sus entrañas.

—¿Quién te quiere á ti, monina?... ¿Lloras? ¡Pues llamaré al coco!

Estas y otras parecidas frases llegaban á todas horas á mis oídos, pronunciadas por boca de mi esposa, mi Enriqueta, la niña bonita, apodo á que había dado lugar la belleza de su cara, sus mejillas frescas, que nada tenían que envidiar á las rosas, aquellos ojos grandes, negros, de expresiva mirada, que en más de una ocasión fueron la causa de alguno de esos lances que los pollitos de diez y ocho para abajo llaman de honor, los cuales no son otra cosa que niñerías más ó menos peligrosas... ¡Batirse por una mujer! ¡Cuántas veces pronuncié con sorna estas palabras delante de los adoradores de la que hoy llamo mi Enriqueta, cuando aquéllos se daban las tarjetas, señal de que iban á verse las caras para decidir cuál había de ser el dueño de tanta hermosura!

¡Batirse por una mujer! ¡Qué ridículo!... Yo, que nunca me batí, que jamás me enemisté con ninguno de aquellos—¡tantos!—que me hacían la competencia, soy el dueño de una criatura angelical... pero no soy del todo feliz... ¡La muñeca!... ¡Las caricias de Enriqueta á *Lulú*!... El recuerdo de una desgracia nunca me ha atormentado tanto. «¿Quién te quiere á ti, monina!» Estas palabras eran para mí algo como una sentencia de muerte... Y era mi esposa quien pronunciaba esta sentencia, ¡mi Enriqueta, mi verdugo!...

¡Vaya una luna de miel!

II

La felicidad que hoy siento no tiene límites. *Lulú*, la muñeca que fué mi pesadilla durante los primeros días de mi matrimonio, ha desaparecido de escena... Metida en un fanal, la miro sin rencor. ¿Por qué? Mi Enriqueta, la niña bonita, la que cada vez me hace pensar más y más que la mayor delicia es el matrimonio, ya no acaricia á aquella muñeca... sino á otra de carne y hueso, rubia como los ángeles que adornan las Concepciones de Murillo, con ojos grandes y negros, que nada tienen que envidiar á los de su madre... ¿Que si no tengo ya celos?... ¡Celos! ¿Acaso puede darlos el que la esposa acaricie á nuestro hijo, que es el fruto de

nuestro amor con la mujer que idolatramos, porque no amor, sino delirio es el que siento yo por Enriqueta?

¡Oh, vosotros los que habéis experimentado esta felicidad, contestadme!...

FEDERICO GONZÁLEZ RUIZ.

MOLECULA

A mi distinguida amiga

la Srta. D. María Robledano.

Dame, bella niña, dame sin reparo el coral fulgurante y divino que existe en tus labios, de tus rubias trenzas el metal dorado, las valiosas y limpidas perlas de tus ojos garzos, de tu casto seno el nácar preciado. Dámelo, y ya verás tú qué listo, más listo que el rayo... por salir, bella niña, de apuros me marchó á empuñarlo.

Enrique Povedano.

CONSECUENCIAS DE LA FE

Soneto.

La vi cierta mañana oyendo misa, la hablé cuando en la calle nos hallamos, la dije mi pasión y nos cruzamos miradas de placer y una sonrisa.

Marchábamnos entrambos tan de prisa que á algunos transeúntes arrollamos; rogué que se parara y nos paramos, poniendo así á su huida cortapisa.

Sería nuestra vida un dulce encanto si usted correspondiera á mi deseo, la dije suplicante, y con espanto oí que contestaba: Si, lo creo... mas pedí un novio rubio á cierto santo y usted es lo contrario, según veo.

José García y García.

Concurso: núm. 8.

RESURRECCIÓN

I

La *Pili* era un sol capaz de trastornar á medio mundo; rubia, alta, alegre como Febo, siempre risueña, eterna mueca muñequil, ficticia á sus sufrimientos que más veces haríanla gemir y llorar su desventura que inducirla á reír hasta hartarse, risa histórica aprendida á cambio de unos cuantos castigos y mucha hambre: era un sol que nació en día de tormentas; apenas si empezaron á desparramarse sus rayos por la tierra, empañóse el disco brillante, refulgente, tapando su potente luz negras nubes, tan negras como la traición, los desengaños, la condena sin fundamento.

Y trabajosamente la *Pili* iba pasando esta vida. Empezaron sus días en un sotabanco, y descendió rápidamente á un rincón de la calle envuelta entre trapos.

¿Que quienes eran sus padres? El vicio: se amamantó en los raquíticos pechos de una ama contratada por la Diputación. «Sor Petra» ó «Sor María» le enseñaron á rezar y las primeras letras en aquel colegio antihigiénico. ¡Qué triste es oír por la tarde, cuando se pone el sol, el eco de las plegarias de aquellos seres pidiendo á Dios que les alargue la vida! Coros sin armonía, de voces atipladas por la debilidad, que simulan á una porción de esqueletos levantándose de sus tumbas pidiendo cuentas á la humanidad de por qué los enterraron tan presto...

Más tarde, pero no muchos años después de la triste noche que la colocaron en el torno, y antes de que notase *Pili* la ausencia de padres, salió de aquella man-

sión ó, mejor dicho, se la llevaron, prometiéndole un cariño desinteresado de un matrimonio sin hijos... De lo demás no se acordaba; comprendía que debía tener de quince á diez y siete años, por lo que le decían las amigas respecto á las facciones de su rostro nacarino, aunque su mirada era de *vieja* y aquellos contornos, de mujer ciertamente, voluptuosos, parecidas sus turgencias, redondeces y elegantes curvas á las de la blanca magnolia.

Y resultó lo temible para aquel matrimonio desinteresado... prestamistas de aquella alhaja: que la *Pili* sacó de quicio á alguien y que á ella no le pareció mal aquel muchachote, algo tosco, sí, pero que sabía sentir, que conservaba el corazón poco lacerado, casi virgen, que reía á lo niño, lleno de gozo, y sentía á lo viejo, muy hondo, á veces por nimiedades, detalles que él creía que le denigraban y no eran más que chispazos cortos que le anunciaban el mundo.

La *Pili*, desde que conoció á su Luis, se sintió otra, hubo revolución en ella, encontró lo que hasta entonces no había hallado, cariño, quien se desvelara por ella, y ésta grandemente sabía corresponder á aquellas muestras de alegría juvenil; sentía ya apego á la vida, era aquello cosa nueva para ella. ¡Y poco orgullosa que iba de bracet con él, después de abandonar los estudios donde ganaba un jornal á cambio de su inmovilidad figurando reinas, encompetadas señoras de empolvado pelo y trajes de cola, ya la revoltosa hija de Madrid con el pañolón de Manila en chal, ó de griega clásica con cinta verde en la frente y pulseras formando culebrinas en los desnudos brazos. En una palabra, un mundo en el que nunca habitó ella y que tenía que sentirlo para dar expresión á las figuras. A ella más le hubiera gustado aprender á modista, pero se empeñó su madre figurada en que fuera modelo, alabando aquellas carnes de *Pili*, «que sería una lástima no las viera el mundo».

II

«Y ella tenía que dejar aquellos amores —No puede ser, madrastra; quiero yo mucho á mi Luis para dejarle plantado. Pues yo le prefiero á él que á un señorito. Si con él no tengo hijos, tampoco los tuve antes de ahora; no se me hará cuesta arriba. ¿Que no me quiere, que me abandonará? ¡Eso no lo hacen los pobres, es cosa de ricos! Es mi resolución. Luis es mío y mando en él. ¿Que quién manda en mí? Pues ¿quién ha de ser? El hombre que me enseñó á querer, que me alegra la mirada tristona de mis ojos, por el que deseo vivir. ¡Como usted no sabe amar, cree que todo el mundo es igual!

Esta era la eterna disputa, la lucha permanente de *Pili* por marcharse de aquella casa y sus dueños por retenerla.

III

—Tú sueñas, Pilar. No dudo te habrá dicho la vieja que me aborrezcas, que no me hagas caso... pero ¿que yo te deje de querer, que te olvide, que no piense más en ti, que me haga la ilusión de que te has muerto?... No, eso nunca: me habías de hacer traición, y después que matara al ladrón que me robó la dicha, y desde el lúgubre presidio donde purgara mi crimen, serías objeto de mis pensamientos y te querría... ¿Que te tiene reservado ella otro novio? Me alegro: yo también tengo en el arca un puñal, no tan venenoso como su lengua, pero... ¡Adiós, Pilar!

—¿Dónde vas?... Escucha... ¿Qué vas á hacer?

—¿Que dónde voy?... ¡A vengarte!

—¡Por Dios, Luis mío, ten compasión de esta pobre, que se quedará sola en el mundo!

—¡Sola, no; antes voy á decir á mi madre que tiene una hija más... y tú vente á casa á vivir con nosotros, á comer de lo que haya!

Y echando Luis á correr por la calle arriba, iba monologando: «Hesacado á una niña del fango que la envolvía: llegué á tiempo: evité su deshonra. ¡Resurrección!»

MANUEL FEITOMAYO.

NO ERA CARO

A los cajistas de «La Avispa».

Sin intención de ofender, porque no hay tal intención, he de permitirte hacer una rectificación.

Es el caso que yo á un *Caso* el cuento le dediqué (1), y al leerlo vi un *fra-caso* en donde á *Caso* busqué.

Pues en vez de *Caso*, *Caro* bien á mí pesar lei, y esto sí que es un *des-caro* para *Caso* y para mí.

Conste, pues, que ha sido errata lo de *Caro*, caballeros, dicho sea hablando en plata, sin intención de ofenderos.

Sin embargo, yo os perdono con gusto y satisfacción, pues tenéis en vuestro abono al menos una razón.

Y es que cuando voy de paso y á *Caso* encuentro, le digo á veces «amigo *Caso*» y otras veces «*caro* amigo».

Rodrigo Orta.

CONCURSO DE INSTANTÁNEAS

(CARAS BONITAS)

La *Carta abierta* dirigida á nuestro Director, y publicada en el último número, por D. Luis Esteso y López de Haro, nos ha sugerido una idea que vamos á exponer á nuestros lectores, con la esperanza de que ha de serles agradable.

Decía nuestro chispeante colaborador Sr. Esteso que deberíamos abrir un concurso para premiar al escritor más feo, y eso no nos parece bien; pero creemos que podíamos abrir un concurso de caras bonitas.

«No creen nuestros lectores que será más agradable ver en nuestras planas un ramillete de caras lindas, como las de todas las españolas, que no las de unos cuantos individuos que, si pueden tener mucho ingenio, pueden tener también muchas imperfecciones en el rostro?

El procedimiento es sencillo para conseguir nuestro fin.

Hoy la afición á la fotografía está muy extendida. Los *amateurs* hacen trabajos muy perfectos. Los aparatos resultan de fácil manejo. Las muchachas bonitas abundan ¡ay! en España... Pues bien, los aficionados á la fotografía que quieran tomar parte en nuestro concurso no tienen que hacer más que enfocar una cara bonita con máquina instantánea, remitirnos una prueba bien entonada y esperar la votación.

Nosotros publicaremos las fotografías que se nos remitan, indicando el nombre del *amateur* que la haya hecho.

Al cerrarse el concurso, nuestros colaboradores podrán emitir su voto á favor

(1) Véase el núm. 57, pág. 5.ª

de la fotografía que más les agrade, y la que obtenga mayor número de votos será la premiada.

El premio consistirá en una ampliación fotográfica de la joven agraciada, que sólo se entregará á petición de la interesada, y á la publicación del retrato en nuestra revista del afortunado galán que logró impresionar en la placa fotográfica el rostro de la dama agraciada con el premio.

El concurso queda abierto, las muchachas bonitas abundan. ¡Animo, aficionados españoles! ¡Disparad vuestros *kodaks* y *foto-joumelles*!

Veremos si la agraciada con el premio por plebiscito es rubia ó morena.

Sea como quiera, siempre será más bella que el chispeante escritor Sr. Esteso, que nos ha sugerido la idea de este concurso.

EN EL ABANICO DE ALICIA

En tu abanico hacer quiero de tus encantos semblanza, y por mucho que me esmero mi pobre pluma no alcanza á copiar lo verdadero.

Decir soles á tus ojos fuera mentira y engaño; ¡si al mirar quitas enojos, y el sol con sus rayos rojos abrasa y nos hace daño!

Pero es muy grande mi empeño y he de hacer en tu abanico de esa hermosura el diseño, aun siendo el marco pequeño y siendo mi ingenio chico.

Y aunque á ti no sea grato, pues también eres modelo de modestia y de recato, yo, para hacer tu retrato... te proclamo ángel del cielo.

José A. Gálvez.

FÁBULA

«Alterum non laedere.»
No hacer daño á nadie.

Alfonso X el Sabio.

Corriendo tras de una mariposa que de jazmín en rosa volaba diligente, colores mil en su correr mostrando, marchaba tensamente, su apetito y su placer saciando, un avieso rapaz, en rebelión abierta con la paz. Ligero el lepidóptero volaba y ligero el rapaz le perseguía por ver si le alcanzaba y en posesión tenía. Pero como iba con la vista al cielo, y en los pies no hay ojos, resbaló, y de hinojos y de brucas cayó veloz al suelo, quedándose mohino y sin dientes el rapaz ladino, en tanto que la bella mariposa hacia un clavel volaba presurosa.

Respetar al inocente con exceso, y no hallarás de la justicia el peso,
C. Casamaño de Horcasitas.

La gitana.

I

—¿Qué ocurrirá á nuestro joven amo Germán?—decía entre sí la servidumbre del castillo.

—No parece sino que el espíritu maligno haya penetrado aquí de algún tiempo á esta parte.

Y no faltaba alguna alma inculta que asustada exclamase:

—Pues habrá que rociar todo el edi-

cio con agua bendita para alejar al demonio...

—¡Voto á bríos!—decía otro.—¡Como caiga entre mis manos, no le salva ni la paz ni caridad, y os juro que, como San Lorenzo, va derecho á las parrillas!

No cesaban los comentarios.

En efecto, Germán, el hijo del conde, estaba triste y pensativo; ya no erraba sobre sus labios aquella sonrisa de otro tiempo, estaba pálido y ojoso, comía poco y dormía menos. Ya no organizaba aquellas partidas de caza que tan célebre le hacían en el país. Retirábase temprano á sus habitaciones, no hablaba con nadie. ¡Buscaba la soledad! ¿Qué mal padecía? Bien pronto vamos á saberlo.

Una tarde, aburrido de la monótona vida del castillo, á pie salió á dar una vuelta por la campiña.

La llanura se extendía ante sus ojos. Largo tiempo vagó sin dirección alguna, hasta que, fatigado y volviendo atrás la vista, percibió perdidas entre las sombras de la tarde las pardas formas del castillo. Negros nubarrones cubrían el cielo; un áspero venticillo agitaba las hojas de los árboles, todo presagiaba una pronta tormenta. ¿Qué hacer? ¿Volver al castillo?... Estaba demasiado lejos. Lo más prudente era ocultarse bajo alguno de los árboles que bordaban el camino, y el joven así lo hizo...

No tardó en desencadenarse una violenta tempestad; rasgóse la bóveda del cielo y un diluvio cayó sobre la tierra...

De repente una sombra, cruzando un sendero, aparece á lo lejos corriendo con precipitación y en pocos instantes llega adonde Germán estaba; á pesar de su ligereza, al resplandor de un rayo el joven ha podido ver su rostro: era una mujer morena, de grandes y negros ojos, de hermosura sin igual. Sea para preservarse mejor de la lluvia, sea para no mojar su encarnado corpiño, llevaba la falda echada sobre los hombros, dejando al descubierto el principio de una graciosa y bien torneada pierna.

Lo que por el corazón del conde pasó en aquel momento difícil es de explicar... Paró el viento y con él la tempestad; todo tornó á la calma. Germán volvió al castillo más triste y preocupado: profunda arruga surcaba su frente y su mejilla una lágrima.

II

Blanca era una gitana.

El campamento de sus padres estaba á una legua del castillo. Aquella noche no tenían de qué cenar; ella corrió á su puerta por un pedazo de pan. La lluvia la sorprendió en el camino.

III

Un año ha transcurrido desde el encuentro fatal. Germán no ha recobrado su jovialidad acostumbrada; al contrario, á medida que pasa el tiempo su melancolía aumenta.

Ha enflaquecido, sus ojos se hunden en sus órbitas: más bien que un hombre parece un muerto.

Es de noche, todo duerme en el castillo, la luna sólo vela y envuelve la tierra en sus reflejos de plata.

Germán abre sigilosamente su puerta, desciende los escalones de piedra, monta sobre brioso corcel blanco y corre á través los campos. ¿Dónde irá? ¿Qué idea ofusca su mente?

Bien pronto aparece á dos pasos de él el campamento de unos gitanos: una hoguera arde pronta á extinguirse; dos, tres, cuatro bultos yacen aquí y allá. Tendida al pie de una encina, los cabellos en desorden, duerme una virgen. Dos rizos ne-

gros como el azabache destácanse sobre su frente dorada, cual los rayos del sol que la calientan.

Es ella: es la gitana. Germán se arrodilla, contéplala, y con ardiente amor imprime un beso sobre sus rojos labios. Luego, con fuerte mano, precipitándola sobre la grupa de su caballo, pica de espuelas y huye. La joven, asombrada, no ha podido abrir sus dormidos párpados, que, dando un grito (grito de horror que se pierde bien pronto en el espacio), cae desmayada en brazos de su raptor. Apenas vuelta en sí exclama:

—¿Quién sois?

Y reconociendo al conde:

—¡Maldición!

—Mi reina, yo te amo.

—Soy gitana,—y Blanca, sacando de su cintura un afilado puñal, le hunde en su corazón.

Luego, cayendo al suelo, expira bañada en un mar de sangre.

Germán da un grito. Estaba loco.

Amo y corcel, en alas de su desenfrenada carrera, piérdense bien pronto en la oscuridad de la noche, y cuando la aurora, extendiendo su morado manto sobre la tierra, rayó en el horizonte, sólo se distinguían como un punto de fuego en el infinito.

A. GALANT.

UNA FLOR

Me diste una flor un día que sobre el pecho ostentabas, y que con mimo guardabas por su aroma y lozanía. La guardé, y el alma mía siente hoy un gran dolor al mirar aquella flor que en prueba de amor me diste. ¡Más que el amor que ofreciste ha durado aquella flor!

Ricardo Gómez.

¡CONVÉNCETE!

Vuelve, mujer, al vicio en que has vivido,

vuelve otra vez al lupanar inmundo, y no deshonres, recorriendo el mundo, el hogar sin mancilla en que has nacido.

Jamás tu corazón, ya corrompido, en hermosas virtudes fué fecundo, ni de tu mente se apartó un segundo la idea del placer retribuido.

Retorna al lupanar, nueva Lucrecia, donde tienes tu sitio señalado como la más abyecta Mesalina.

La sociedad entera te desprecia, porque tienes, infame, comprobado que el vicio sin cesar en ti germina.

Martín Pizarro.



Si los lectores no han olvidado las observaciones que hacíamos en nuestro número anterior, no les extrañará continúe siendo reducida esta sección, la cual se irá ampliando sin grandes esfuerzos en cuanto llegue el mes de Septiembre y empien las inauguraciones de los teatros que hoy están en vacaciones.

Apolo ya cerró, aunque muy pronto reanudará su campaña, no dejando por ello de hacer constar nuestro aplauso á la empresa y artistas por su larga y meritoria labor.

El sainete lírico, en tres cuadros, «El

beso de Judas», estrenado en Eldorado, mereció una benévola aceptación, y decimos benévola, porque ni el asunto ofrece novedad ni la música tiene nada de original.

Para oír aplausos justos y de buena ley han de hacer algo mejor el Sr. Prieto y los maestros Cereceda y Arnedo.

Las deficiencias de la obra fueron compensadas por la buena ejecución en sus respectivos papeles de las Srtas. Alvarez y López y Nieves González y los Sres. Pablo Arana y Moncayo.

Ha sido aprobada por el Ayuntamiento la lista de artistas que actuarán en el teatro Español, y en ella figuran las actrices Carmen Cobeña, Matilde Moreno, Ana María Ferri, muy aplaudida en provincias, Josefina Alvarez y Josefina Blanco, y entre ellos, Emilio Thuillier, Donato Jiménez, Agapito Cuevas y Ricardo Manso.

Con estas ligeras noticias se despide hasta la próxima

Diego Garvía.

RÁFAGA

El amor es un manjar exquisito y delicado, que sólo al hombre le es dado su existencia profanar.

Por eso yo, al contemplar de tu ser la imagen pura, dé en la tamaña locura de querer tu amor probar.

Alfonso Moneo Puertas.

EPÍGRAMA

Al buen Paco Rascasfria

le preguntó su mujer:

—Hijo, ¿qué piensas hacer

si yo te falto algún día?

Y él, creyéndolo agudeza,

contestó sin vacilar:

—Si eso llegara á pasar,

te rompía la cabeza.

R. de Echevarría.

EL RAYO DE SOL

A mi mejor amigo Francisco Ramón Arniches.

Era un día caluroso. El sol lucía con fuerza, ni una nube protectora se cernía en el firmamento.

Carlos se ahogaba; aquel calor asfixiante, aquel sol tenaz que le hacía bajar los ojos humillado, deslumbrándole con su luz cuando levantaba la cabeza para dirigirle una iracunda mirada; aquel rayo de sol que á pesar de persianas y transparentes llegaba sobre sus papeles, sobre aquel montón de billetes de Banco, procedentes de la liquidación del mes... con aquel calor no se podía trabajar.

De pronto sus ojos se fijan en un espejo y una sonrisa vengativa se dibuja en sus labios. Le coge y aquel arrogante rayo de sol es desviado á su voluntad, por medio de aquella reflejante superficie. ¡Y cómo se goza Carlos en mandarle á placer sobre los más oscuros rincones de su cuarto!

No está contento con esto, y coge una lente y le obliga á encender una cerilla y un cigarro, y en fin, aquel rayo indómito ya no es más que un esclavo de la inteligencia del hombre...

Pero el calor continúa. Carlos deja sus cuentas, los billetes, la lente y las cerillas, en fin todo, y se duerme.

¡Si cualquiera hubiese podido ver la cara al sol, hubiese observado en su rostro la misma sonrisa que momentos antes se dibujó en el semblante de Carlos! Sonríase

venegativa. Aquel rayo de sol humillado, obligado a quemar al pasar por la lente, la atraviesa otra vez; pero como es por su voluntad, reconcentra sus fuerzas todas, y poniendo más calor que nunca en sus efusivos, inflama las cerillas y la inflamación se propaga á los billetes de Banco que constituyen la fortuna de Carlos, que pronto se ve reducida á pavesas.

La habitación se llena de un humo asfixiante, y Carlos, atontado y medio ahogado, se levanta, y al ver su desgracia, fuera por el humo, por el calor, ataque apoplético ó ahogo, cayó para no volver á levantarse.

Y entre tanto el rayo de sol contempla su obra y la sonrisa de la venganza satisfecha asoma en la faz del rubicundo Febo, sonrisa que indica el triunfo, sonrisa que significa que ha sido vencida la inteligencia del hombre por un simple rayo de sol.

VÍCTOR RUIZ ALBENIZ.

CANTARES

Eres de fondo muy bueno;
de sentimientos humanos.
¿Por qué, siendo tú tan buena,
niegas el darme tu mano?

Si lo que sufro por ti
comprendieses ó notaras,
no serías tan esquiva
ni tan seria te mostraras.

Benito Torrente Torrontegui.

Trasmíto mi pensamiento
á las aves del espacio,
para que te digan, niña,
lo mucho que yo te amo.

Luis Pablos Crespo.

Miraditas de tus ojos
y cariño de mi madre,
dos cosas que no las cambio
por el tesoro más grande.

Por mucho que el ceño arrugues
y por mucho que te enfades,
tu cara, no le des vueltas,
siempre será la de un ángel.

Esteban Caballero.

Tus labios me sentenciaron
y yo lloré la condena;
después me besó mi madre
y se me quitó la pena.

M. F.

Ahora que tú me has dejado
por otro que te corteja...
¿cómo me pesan los ratos
que pasé junto á tu reja!

Eugenio Acebes Marín.

Cuando eras buena te quise,
cuando eras mala también;
desde la gloria al infierno
te acompañe mi querer.

No sé yo de estas dos cosas
cuál de las dos es peor,
si una mujer sin cabeza
ó un hombre sin corazón.

A. Arroyo Manjón.

CORRESPONDENCIA DE ENCARGOS

Nuestros suscriptores tienen derecho á que se les ejecute gratuitamente cuantos encargos puedan convenirles en esta corte. Para recibir contestación particular deben enviar un sello de 15 céntimos; de no, se les responderá en esta sección.

M. M. M.—La Zarza (Valladolid).—Han sido entregadas las 20 pesetas que nos remite, cuyo recibo correspondiente obra en nuestro poder á su disposición.

L. O. C. O.—Puede remitir el sello y bajo sobre recibirá lo que desea.

S. P. L.—Jerez.—Zanjadas todas las dificultades á satisfacción de usted. Dentro de breves días obrarán en su poder los documentos notariales que certificadamente le remitiremos, con más un extracto de cuenta con los debidos justificantes.

B. L.—Cervera.—Como en todos los encargos que se nos confían, siempre recabamos los precios más limitados.

En su consecuencia, el valor de la cámara fotográfica que desea es el expresado en nuestro número anterior.

R. M.—Valladolid.—Ayer remitimos á usted el catálogo que nos pidió, habiendo omitido por olvido que sobre los precios fijados hay un aumento de 40 por 100 por la subida de los cambios.

Lo que le advertimos para que lo tenga en cuenta al girar los fondos necesarios.

R. A.—Hellín.—Las 35 pesetas que obraban en nuestro poder han sido aplicadas en la forma que usted nos indica, teniendo á su disposición los correspondientes resguardos, que le remitiremos si los desea.

S. Ch.—Cuenca.—No podemos darle precios de los artículos que desea por su mucha variación según calidad.

Si usted quiere puede mandar la cantidad que estime conveniente, y á ella nos adaptaremos al hacer la adquisición, asegurándole que no quedará descontento.

S. B. H.—Tordesillos.—Queda hecha su suscripción y tomada nota de la misma, que finalizará el 10 de Agosto de 1902.

G. V. C.—Cáceres.—El décimo núm. 4.187 es el adquirido, que obra en nuestro poder y á su disposición. Queda hecha la renovación á su suscripción que finalizará el 20 de Agosto de 1902.

R. Muñoz.

CONOCIMIENTOS ÚTILES

Nuestros suscriptores pueden pedirnos gratuitamente las fórmulas que deseen de todas las industrias y cuantos procedimientos sean conocidos en todos los ramos del saber. Para recibir contestación particular deben enviar un sello de 15 céntimos de peseta.

También nos encargaremos del envío económico de cuantas sustancias y aparatos puedan necesitar.

Sardina á la Navarra.—Lavadas las sardinas, se abren por el vientre; limpias de escamas, se extienden, se enharinan y mojan en un batido de huevo, se vuelven á enharinar y se rocían con zumo de limón y se frien con aceite muy caliente.

Soldadura para el hierro y el acero.—Se facilita singularmente la adherencia del hierro al acero calentando al rojo los objetos que se han de soldar.

Hé aquí la fórmula:

Bórax en trozos pequeños, 25 gramos.

Limaduras finas de acero, 25.

Sal amoníaco, 7.

Bálsamo de copaiba, 22.

Cuézase todo á un calor suave en una vasija de hierro hasta consistencia dura, la masa se reduce á polvo y se conserva en seco.

Cola para componer la porcelana, loza, etc.—Hiérvase en agua un trozo de cristal blanco; cuando esté bien caliente introdúcese de pronto en agua fría, operación que tiene por objeto hacer el cristal muy friable; macháquese, pásese por un tamiz muy fino, mézclese con clara de huevo, muélase esta mezcla en una piedra de mármol hasta hacerla lo más consistente posible.

Unase con este cemento los trozos de un vaso roto; las partes unidas ya no se separan nunca, aunque se rompa de nuevo el vaso.

Purificación de las aguas inmundas.—Para purificar las aguas inmundas se mezclan con hidrato de ácido silícico y una sal de alúmina soluble, con una lechada de cal, de modo que produzca una reacción alcalina.

De este modo se obtiene depósito que contiene bajo una forma insoluble todas las sustancias orgánicas que pueden pudrirse ó fermentarse.

SECCIÓN RECREATIVA.

Las soluciones á los pasatiempos publicados en nuestro número anterior son como sigue:

- 1.º—MIRAFLORES
- 2.º—BARBARA
- 3.º—PARDOS
- 4.º—ADELA
- 5.º—NOTARIO
- 6.º—PRECIO

Habiendo dado soluciones conformes don Octavio Mateos, D. Antonio Torres, don Sixto Marín, D. Valentín Rodríguez (el Impresor), Aemeyelepe, D. José Esteban, Pepito, Rafael y el Noy, Los Melancólicos, Lorenzo y Miguel el sordo, Basilisa y el ex cocher, D. Antonio Niño Orbañanos, D. Auspicio Relea y D. Manuel Martínez León, de Madrid; D. Julio Pardo, de La Roda; D. Manuel Caro, de Valdepeñas; don Cetedonio Hernández, de Mascarague; don Nicasio Ruiz, de Loja; D. Santiago Herranz, de Tordesillos; D. José Antonio Luengo, de Ciudad Real; D. Joaquín Marty, de Sada; D. Manuel María Martínez, de La Zarza, y D. José López, de Lugo.

PASATIEMPOS

CHARADAS

1.º

Tiempo de verbo es primera, lo mismo primera dos; también la prima tercera de verbo es tiempo, lector. La tercera duplicada comedia, y por no cansar, el topo de mi charada anhelan muchos tomar.

Francisco Ruiz Roda.

2.º

Es una vocal primera, consonante prima dos, consonante la tercera y todo la cortijera en la cuarta se cayó.

Antonio Niño Orbañanos.

3.º

Prima dos tercera cuarta dice que ha visto el primera y que segunda con cuatro en el vapor «Santa Elena». Es mi tercera y mi cuarta un tejido muy usual, y el topo es un nombre propio muy fácil de adivinar.

Eduardo Haro.

4.º

En la prima con segunda me puse á reflexionar que la cuarta con segunda es una hermosa ciudad, que mi terciá es una nota de la escala musical y el topo de la charada es sirviente popular.

Los Melancólicos.

5.º

—¿Qué segunda cuarta tienes más mona, primera cuarta! —Tercera cuarta ¿te gusta? —Muchísimo; di ¿no araña? —Todo, que me la ha traído, me asegura que es muy mansa.

Federico González Ruiz.

6.º

JEROGLÍFICO COMPRIMIDO

Gratis Rocas.

Antonio León Ballesteros

Todos los que remitan á esta Gerencia una solución antes del día 29 del actual tienen derecho á adquirir por la mitad de su valor uno de los libros que editamos y que van detallados en el catálogo especial reservado que, enviando un sello de 15 céntimos, remitimos bajo sobre cerrado, pues por su índole especial no puede mandarse como impreso.

A. BORRÁS.

SOCIEDAD GENERAL DE FOTOGRAFADO
R. ROCAFULL
DIRECCION POSTAL
TELEFONO 655
Aparrado N°

DIRECCION POSTAL

Apartado N.º 8

TELEFONO 653

ALCALA 23 + MADRID

Primera Casa en España

que tiene montados y practica los nuevos
procedimientos eléctricos Norte-Americanos

PERFECCION
RAPIDEZ
ECONOMIA

TARIFA GENERAL DE PRECIOS

Page 10

Fotografiado de líneas, el centímetro cuadrado.....	0,05
" " " mínimum.....	2,00
" de medias tintas (directo) recuadrado.....	0,06
" " " mínimum.....	2,50
Cobreado, Acerado ó Niquelado.....	0,01

Los trabajos especiales sufriran un recargo del 10 al 50 por 100 sobre la anterior Tarifa. Los que se nos entregaren sin ajuste previo, se facturarán por la Tarifa general.

La amplitud de los talleres de esta Sociedad, y la perfecta organización de sus trabajos, permiten servir los encargos con la rapidez precisa á la información del día.

Los trabajos para provincias se remitirán por correo certificados á los cinco días de haberse recibido el original.

Esta Sociedad se verá honrada si se desea visitar sus talleres.



VISTAS DE ESPAÑA.—Serie B.—Núm. 5.—Toledo: Sepulcro del Cardenal Tavera.

(Fotografía y fotograbado de Rocafull.)

¿QUÉ TE DIRÉ?

Dedicado á la Srta. Francisca Díaz.

¿Que quieres que diga?
Que eres muy hermosa,
que eres una rosa,
que Dios te bendiga.
Que tienes por ojos
dos luceros bellos,
que ante sus destellos
me postro de hinojos.
Y que en vez de labios
tienes dos corales
que son ideales,
que curan agravios.
Todo es verdadero,
en nada menti...
¿Mas no quieres, di,
saber que te quiero?

Luis Elvira Lasén.

A mi estimado amigo

SALVADOR RODRIGO

distinguido pintor.

¿Te acuerdas, Rodrigo? Si parecé un sue-

Tu afán cuando niño era ser pintor;
ya lo has conseguido; hoy eres el dueño
de un pincel hermoso que, aunque es muy
pequeño,
parece de artista de marca mayor.

Sublime Rodrigo, sublime pintura
al lienzo traslada tu hermoso pincel,
paisajes brillantes de rica hermosura,
el sol que declina, la noche que oscura
le oculta en sus sombras burlándose de él.

La mar, que furiosa sus olas lanzando
de uno á otro lado con impetu van,
la estela que el barco, al ir navegando,
al surcar las aguas tras sí va dejando
el eco de quejas amargas que dan.

Por fin has triunfado; por fin, orgulloso,
 estar en la gloria deberás con él.
 ¿Que pintas poquito? Pero es muy hermo-
 so,
 y hará tu pintura tu nombre famoso,
 Jebiendo tu fama al rico pincel.

Martín Bustos Tobalina.

ADVERTENCIA OPORTUNA

En la calle de Sevilla,
y en la pared reclinada,
mendigaba una chiquilla
con la garganta vendada.
—Una limosna, señor.
Un centimito siquiera
pa pan... que mi madre espera;
se lo pido por favor.
Otro chico que pasó
por la mencionada vía,
al momento replicó
con sin igual picardía:
—¡Qué chicas tan embusteras!
Los que la escuchan se van,
porque teniendo pa peras,
pide un centímo pa pan.

Luis Jiménez.

PENDANT

Soneto.

El sol mostró su disco luminoso,
y cual cascada de caliente lava,
lanzó sus rayos á la tierra esclava,
que se cubrió de un manto esplendoroso.

Después, como afrentado y ruboroso, escondió el haz de rayos que cegaba, y el mundo sin la luz que lo alegraba quedóse triste, frío y silencioso.

Así es mi amor. Tus ojos son los soles que me muestran la dicha y la alegría mezclada con aromas y arreboles. Si los entornas, se me acaba el día, y si los cierras, son cual parasoles, que le privan de luz al alma mía

Arturo Rey Marzal.

A MODESTA MARTÍNEZ

Adiós, rosas; adiós, flores;
adiós, fuente cristalina;
adiós, fresca clavellina;
me aparto de mis amores.
Adiós, adiós, ruiseñores,
testigos de mi pasión,
no aumentéis más mi aflicción,
cesad, cesad vuestros cantos,
porque a mí crueles llantos
destrozan mi corazón.

Aniceto Ransanz.

EXAMEN

Cierta día examinaba un profesor de francés, y á un alumno preguntaba los clases que existen de *ees*. El chico, que no estudió nada durante aquel curso, en gran apuro se vió hasta que encontró un recurso, y así del paso salió: —Aunque la lección no sé, he caído yo en la cuenta que en el libro, como ve, son todas las *ees* de imprenta.

Francisco Herrera.